

SENTIDO DE LA HISTORIA

Empezamos el nuevo milenio sin conocer el sentido que ha tenido el transcurso de los miles de años anteriores. El sólo hecho de contar los años occidentales desde Cristo nos hace creer que el sentido de la historia nace con él. Pero hoy sabemos ya lo que ignoraban los viejos teólogos del devenir y los llamados, desde Voltaire, filósofos de la historia: que la vida humana se remonta a millones de años; que su origen y desarrollo se rige por las mismas leyes naturales que regulan la vida de todas las especies animales; que las plantas, las piedras y las estrellas también tienen historia. Preguntarse, pues, por el sentido de la historia no puede tener un alcance distinto del que tendría interrogar a la materia por el sentido de su energía universal. La implacable constatación de que los hechos de existencia no alcanzan otro significado que el de su propia existencia, no quita un ápice de interés a la cuestión del sentido de los hechos de experiencia. Sobre todo a la incógnita que supone no la, en parte, misteriosa creación por la materia de inteligencias y sentimientos capaces de comprenderla para transformarla en su provecho, pero sí el porvenir de la dudosa capacidad de la vida humana para mejorar, mientras subsista, las condiciones morales de su existencia.

Hay pues una historia natural de la materia, que se reduce a la de su conocimiento racional por el hombre, o sea, a la historia de la ciencia; y una historia espiritual de la materia humana, hasta ahora más intuitiva que científica, interesada en conocer los acontecimientos y sentimientos, reales o supuestos, de las sociedades que han forjado las costumbres y valores de naciones y civilizaciones en el pasado, según la visión política dominante en la cultura del presente que los interpreta. El sentido de la historia sólo puede estar en el de la ciencia y de la cultura. No busquemos en el pasado contestación a las incertidumbres del porvenir. Lo que nos responda será hechura de la cultura presente que lo interroga. La ciencia tiene un sentido progresista. La cultura no. Aquella tiene un método de trabajo acumulativo. Esta no tiene otro modo de expandirse que a través de la destrucción o asimilación de una forma de vida colectiva por otra, sin dar la menor importancia a la disipación de las virtudes adquiridas en la forma de vida que desaparece con ellas.

La noción de progreso, pues de eso se trata cuando preguntamos por el sentido de la historia, está inscrita con letra indeleble en los sólidos cimientos del inmueble que la ciencia levanta por acumulación de conocimientos, donde cada investigador trabaja subido al andamio levantado por sus gigantes antecesores. No podemos pensar lo mismo de un supuesto progreso moral si miramos las épocas que siguieron a la luminosa ciudad griega, la honesta república romana, la musical cor-



te de Ferrara, el humanismo de Florencia, la rica república holandesa, la Ilustración francesa y escocesa, las seis primeras presidencias de EE UU, Weimar, los ideales liberales y sociales del XIX y el pacifismo con el que se inauguró el XX. ¿Acaso hay aún persona tan irresponsable que una el progreso moral al de la alta cultura? ¿No era la Alemania prehitleriana el pueblo más culto del mundo? Y la Unión Soviética de Stalin, ¿no representaba el hermoso ideal igualitario de la humanista cultura marxista?

Frente al sentido de la historia moral de la humanidad estamos, pues, como ante el misterio de cada vida personal. No porque la vida colectiva de las naciones y las civilizaciones siga un curso comparable al de la biología, como han creído los más populares filósofos de la historia, sino porque la experiencia moral de una generación no se transmite a la siguiente. Y cada una, si quiere llegar al grado más alto de sabiduría de la vida, parece obligada a bajar a los infiernos, para poder salvarse «in extremis» como el joven Eneas o el viejo Fausto.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

RIDÍCULO DEL EFECTO 2000

De los terrores del año mil con que se cerró el anterior milenio hemos pasado a los producidos por el efecto 2000. Pintoresco fenómeno: los humanos creamos un sistema convencional, de base decimal en nuestra cultura, para medir la realidad del paso del tiempo y luego tal convención se autonomiza e impone como una especie de absoluto, y genera de los fenómenos más impensados en que nos convertimos en víctimas de nuestra propia creación. Los terrores antes aludidos del año mil se situaban en un mundo dominado por las fuerzas sobrenaturales, en cuyo horizonte los temores apocalípticos se cernían. Pensamos que nos hemos liberado de tales supersticiones, hemos avanzado hacia un mundo que se pretende racional, pero ahora resultamos atrapados por nuestra propia tecnología. Entre los innumerables comentarios sobre el efecto de cambio de siglo y en que suenan las voces de las grandes autoridades, como siempre fácil y superficialmente tranquilizadoras, hay algo que echo de menos. Apenas se ha comentado el modo en que este efecto muestra las limitaciones de nuestra pretenciosa tecnología, especialmente en las llamadas «nuevas tecnologías». En varios aspectos. En primer lugar respecto a la exagerada e innecesaria dependencia del funcionamiento de las sociedades avanzadas que el imperio de los ordenadores ha impuesto. Me recuerda la situa-



ción a que se estaba llegando en el montaje de la «Guerra de las Galaxias» o «Iniciativa de Defensa Estratégica», cuando se pensó que sólo un ordenador alcanzaría la velocidad de decisiones necesaria para dirigirla. Se cumple la situación denun-

ciada por Wiener, creador de la cibernética, en que el ser humano transfiere su responsabilidad a la máquina reina de nuestro destino. Se argüirá que en el efecto 2000 hemos controlado el proceso como nos aseguran nuestros gobernantes siempre apriorísticamente tranquilizadores. Pero ello nos lleva al segundo aspecto, ya verdaderamente ridículo. ¿Cómo es posible tal imprevisión en una tecnología que se gloria de constituir altísima forma de racionalidad, capaz de abrir un nuevo mundo? ¿Es concebible que no se haya percibido el cambio de siglo y milenio que se avecinaba? ¿Que la mera transformación de los dos primeros dígitos con que medimos el siglo nos haya puesto al borde del caos y esté engendrando cuantiosos gastos y alerta medidas de vigilancia dignas de una guerra? Una guerra contra nuestra propia tecnología. De su exaltación debemos pasar a su calificación como chapuza. Y ¿por qué no exigir responsabilidades al «brain trust» que dirige el lucrativo negocio? No estarían de más algunos procesos. Si los ordenadores hubieran sido creados en el año 1000, el de los terrores, la situación sería disculpable. El cambio de milenio quedaba muy lejos y la humanidad podía disfrutar tecleando en los ordenadores sumas teológicas durante un milenio. Al menos durante un siglo. Pero nuestros «cerebros electrónicos» han sido inventados, incluso los más primitivos, a cincuenta años de la fecha crítica. Al mirar hacia el siglo que se extingue surge la pregunta sobre cuales han sido sus acontecimientos más distintivos. Yo diría que estos serían por una parte, el triunfo y la derrota de las grandes revoluciones socialistas y, por otra el impetuoso auge de la tecnología. Pero no caigamos en la mitología de las llamadas nuevas. Yo creo que han sido más importantes la aviación, que ha aproximado los continentes y se ha proseguido con la conquista del espacio, las técnicas de comunicación, con la radio y la TV que han dotado al poder de una eficaz arma para troquelar y domesticar las mentes, la energía nuclear que ha creado otra arma, no de convicción, sino de destrucción, tan ingente que nos ha puesto al borde del ecocidio. Y la iniciación de las biotecnologías, capaz de transformar nuestros condicionamientos biológicos. Pero hay que añadir, al contemplar este panorama, algo muy importante, decisivo socialmente: la orientación negativa que ha guiado tan poderoso desarrollo tecnológico. Capaz de crear poderosos instrumentos de dominación y destrucción, pero negado para resolver en su actual manejo político los grandes problemas: el hambre en el mundo, las desigualdades crecientes entre pueblos, y las clases. La utopía tecnológica que vivimos se convierte, situada fuera de la utopía social, en fuerza de perversión, en caprichoso beneficio de una minoría. ¿Seremos capaces en el próximo siglo de humanizar nuestra tecnología y encontrar su adecuado marco social, capaz de emancipar a los hombres y mujeres del planeta? Es la esperanza a que no debemos renunciar.

Carlos PARÍS

ESTRATEGIAS

Los estrategas políticos han aprovechado las Navidades preparando la campaña, pero casi ninguno le quiere contar a Juan Bravo su arma oculta. Hay una que ya ha trascendido, porque la ha contado en LA RAZÓN Carmen Morodo, y es que el PP no va a dudar en emplear como eje ideológico la defensa de la unidad de España. La verdad es que eso debería ser ocioso, pero a la vista de lo visto, y teniendo en cuenta que hay quien quiere jugar al badminton soberanista en la pista de tenis na-

cional, no parece una mala idea. Especialmente, esgrimirla pronto, porque los más avezados recuerdan cómo, en plena campaña electoral de las elecciones municipales y autonómicas, Felipe González se envolvió en la bandera de España en una entrevista en un diario conservador. Entrevista que, a juicio de los analistas, fue una puñalada en el corazón de la estrategia del PP, en beneficio del PSOE. Ahora, claro, son otros tiempos, otras costumbres.

Juan BRAVO

